

Lo que sea de cada quien

De la Madrid y sus desaires

Vicente Leñero

Cuando en 1981 fue dedeado como candidato a la presidencia —de hecho como presidente de la República—, Miguel de la Madrid se soltó dando entrevistas. En una de ellas tocó el tema de la cultura, y entre Carlos Fuentes y otros me enlistó dentro del grupo de sus “escritores preferidos”.

—¡Ya la hiciste para todo el sexenio! —me comentó Efrén Maldonado, chateando.

Conocí a De la Madrid de chamaco, en el Cristóbal Colón. Nunca fuimos condiscípulos porque él era un año menor, y cuando estudiábamos en la preparatoria él lo hacía en “abogados” y yo en “ingenieros”. Sus íntimos, sin embargo, eran amigos míos: Federico Amaya, Javier Rojo Lugo y Adolfo Lugo Verduzco, mi pareja en el frontenis de los recreos. A Miguel de la Madrid lo identificaban todos en la escuela; no por simpático y aplicado sino porque gracias a sus dotes oratorias participaba en discursos por el día de la madre o por la llegada del visitador lasallista.

La verdad, nunca imaginé que aquel muchachito gélido y peripuesto llegara a ser Presidente; menos que me incluyera entre sus “escritores preferidos”. Bien sabía yo que tal distinción no duraría mucho tiempo, dado que yo trabajaba en *Proceso* y en *Proceso* jamás nos tentábamos el corazón frente a los poderosos.

Al año de iniciado el sexenio empezó la ojeriza. Y no por algo que se hubiera publicado en la revista sino porque Luis de Tavira pretendió estrenar *Martirio de Morelos* en el Juan Ruiz de Alarcón de la UNAM: una obra mía que testimoniaba la flaqueza y las traiciones de Morelos cuando fue apresado. Según los corifeos de De la Madrid,

el episodio convertido en teatro documental constituía un ataque desmedido, intolerable, a la figura de bronce que el señor Presidente había proclamado como su héroe de cabecera. Se buscó por todos los medios censurar la obra —¡en la UNAM!—, pero el lance quedó en un fallido agravio a la autonomía.

Al año del zipizape, ya tranquilas las aguas, los consejeros de la Sociedad General de Escritores asistimos a un acto oficial por la inauguración de no sé qué instituto. Acabado el ágape, nos formamos en fila india, como niños de escuela, para saludar al Presidente. Con su sonrisita de foto, De la Madrid estrechó la mano de Unsaín, luego la de Héctor Azar, y cuando llegó mi turno se brincó la mía para saludar a Luis G. Basurto.

Basurto advirtió el desaire en mi contra. Se lo comentó a Unsaín cuando nos retirábamos.

—No hagas escándalos —le replicó Unsaín—, fue una simple distracción.

Pasaron dos años: 1985. El señor Presidente decidió agasajar a los premiados con el Ariel ofreciéndoles una cena en Los Pinos. Buena parte de la comunidad de cinematografía fue invitada, y se dispuso una enorme mesa circular para que los arielaos disfrutaran de cerca al jefe máximo.

Como yo había recibido un Ariel por el guión de *Mariana, Mariana*, tan pronto llegué al salón de Los Pinos me dirigí con Estela a ese lugar de honor. Un militar del Estado Mayor nos detuvo. No. Nosotros no teníamos un sitio en la meseta. Aunque estuviera premiado no estábamos en la lista. Podíamos sentarnos por allá, por donde encontráramos mesa. Y así lo hicimos, rechinando los dientes.

Llegó el final del sexenio. De la Madrid regaló la presidencia a Carlos Salinas, y Salinas regaló a De la Madrid la dirección del Fondo de Cultura Económica. En ese puesto se mantuvo mucho tiempo el ex mandatario hasta con edificio nuevo: el palacete que le construyó Teodoro González de León junto al Colegio de México.

Aún De la Madrid era director del Fondo cuando en 1994 la Feria del Libro de Guadalajara organizó un homenaje a Joaquín Díez-Canedo, el generoso editor. Esta vez sí, en la comida previa, me tocó sentarme en la misma mesa que ocupaba el político, junto a quienes íbamos a participar en la celebración de Díez-Canedo.

La verborrea fascinante y colorida de Juan José Arreola impidió cualquier otra conversación durante el convivio. Cuando ya nos íbamos del salón, De la Madrid me detuvo.

—Qué gusto verte otra vez, Vicente... cuánto tiempo. Desde el Cristóbal Colón, ¿no?

—Sí, cuánto tiempo —respondí todavía sorprendido por su increíble cordialidad.

Me ofreció un cigarrillo. Fumamos a la vez.

—Tú nunca has publicado en el Fondo, ¿verdad?

—No, nunca.

—Pues ya es hora —dijo, con una sonrisa—. Qué te parece si publicamos algo tuyo de teatro... tu teatro completo, o lo que quieras...

No lo pensé un segundo. Desde el fondo de mis tripas me subió hasta los labios la respuesta insolente:

—No, Miguel. Publicar contigo, nunca.

Y le sonreí antes de mostrarle mi espalda. ■